

y de adelfas que todo lo adornan, un laberinto de subterráneos henchidos por vapores de ázoe y ardiendo con el calor de termales aguas; allá en los lejos del horizonte las nieves perpetuas, entrevistas todas tras un cortinaje de nubes multicolores exhaladas de los cráteres en ejercicio continuo; por lo alto las cresterías y los adarves y las rotondas y las pirámides que coronan cordilleras sembradas de pueblos metidos entre jardines, y en lo bajo la superficie jaspeada del mar tranquilo que lo repite todo en sus cristales y todo lo aroma con sus brisas; componiendo un cuadro, un templo, un concierto tales, que se diría la Naturaleza viva completada por el eterno arte.

— ¡Cuáles hechizos! — decía la emperatriz contemplando, después de haber descansado del viaje y en espera de las misivas del hijo, desde su quinta muy empinada el espectáculo que á sus ojos se presentaba y ofrecía, entre sus damas y sus libertos, embobados todos también. — Es el mar este de las sirenas porque ninguno guarda sus encantos. ¡Cómo la vista se hunde allá en las laderas ornadas de viñas, que un día detuvieron á Baco! Mirad cuál se avanzan hacia el Tirreno los montes, y cómo para evitar un contacto brusco las arenas áureas de playas armoniosas se tienden inmóviles entre las moles violáceas y las movidas aguas celestes. Sobre un arroyuelo, que culebrea como si fuera de cristal ó de plata entre sus orillas de césped, un baño humeante que despide vagas nubes. Diríase cuando se mira el mar en calma que las tempestades han huído por siempre de tal suelo y han callado á su presencia. Diríase que lo llena todo entero con su amor Citerea. El templo de Apolo resplandece allá en las cumbres como un sol colgado al borde obscuro de los abismos; las velas arriban como bandadas de ánades y cisnes al puerto de Puzzoli; Parthenope se ciñe como con una corona formada por los aleteos de las palomas de Venus; las grutas, donde las sibilas han escrito sus libros, abren sus bocas obscurísimas entre bosquecillos semejantes á los Elíseos Campos; desde cabo Miseno á cabo Minerva se tienden pueblos y caseríos que parecen nidos de amores con el volcán sobre sus tejados y el mar lamien-do sus cimientos; uniéndose á esto en mi corazón y en mi memoria las sombras de los progenitores y antepasados que construyeran como mi abuelo Agripa los muelles del Miseno, la junción

del lago Lucrino con el lago Averno, la vía subterránea que conduce á Cumas, las piscinas donde las murenas llevan en el hocico tumbagas de pedrería, todo cuanto con el trabajo y con la industria embellece tanto como completa el universo. Así creo que los manes de aquellos progenitores míos me auxilian, y que viniendo aquí desde las elevadas profundidades del abismo, tráenme su saludable auxilio, y me reconcilian solícitos con el hijo mío para que vuelvan mares y tierras á regirse por mi blanda mano y por mi serena voluntad. Mira cómo se balancea la nave que el amor de Nerón ha construido para servirme y recrearme. Ahora mismo acabo de recibir su invitación y me apercibo á partirme para regalarme, después de haber entrado la noche feliz, en una cena que me tiene preparada, y gozar así de su compañía como de su poder; que aquélla me traerá éste aparejado en el más breve plazo posible. Conozco que algunos de mis libertos están tristes porque diz han tenido esta noche pasada ensueños siniestros que les anunciaban desventuras grandísimas é irreparables, muy cercanas de caer sobre mi frente y aplastarla. Pero yo no creo en tal cosa; y si algo hubiera, todo lo desaffo y á todo me arresto, porque quien tiene un temple como mi temple, desea el peligro.

Tomó su litera, pues, y se dirigió á la quinta del emperador, acompañándole una corte muy en armonía y consonancia con su rango. Varias jóvenes muy bellas resaltaban entre concurso tan múltiple, y varios libertos muy fieles dábanle guardia, acariciando armas ocultas que sacarían á cada paso en cuanto amenazara el menor peligro á la persona por ellos protegida. Todo era júbilo en aquella bahía. Tierra helénica eminentemente, celebraba la festividad atenien-se por excelencia, celebraba la festividad hermosísima de Minerva. Los montañeses bajaban de lo alto en procesión; los agricultores ceñían de guirnaldas las chozas y las cabañas, modestos hogares suyos; las mujeres, vestidas de blanco y coronadas con ramos de olivo, danzaban á compás verdaderamente religioso y litúrgico; los escolares, niños unos, otros mozos, consagrados á esta hermosa divinidad, verdadero genio del saber, animábanlo todo con sus divertidos é inocentes juegos; los maestros, premiados con cuatro días de vacaciones, recitaban versos y discursos en loor de aquella que protegía las escuelas; los navegantes, retenidos en el puerto

por la holganza del comercio en aquellos días, afanábanse mostrando la vestimenta vistosa de los marineros pertenecientes á las tripulaciones que traían á los ojos, en sus aspectos varios, las tribus de los cuatro extremos del horizonte; las escuadras hacían evoluciones, gallardeando sobre las aguas y resaltando en aquel cielo etéreo; los conciertos al aire libre acompañaban el fragor y el estruendo de general alegría; representaban pasillos ó comedias los cómicos ambulantes; untábanse con aromados óleos los atletas dispuestos y ungidos para los ejercicios corporales y los combates cruentos; recitaban versos los poetas improvisadores; y en coros múltiples, acompañados por sinfonías inacabables, discurrían los jóvenes de ambos sexos felices y animados sobre barcas argéneas, con velámenes de seda y cordajes de oro, elevando á las alturas un himno y deshojando tantas flores que hacían como purpúreas las marinas aguas en aquella especie de culto religioso al elemento representado por la diosa Minerva; la idea, que supera y vence la luz en mucho; la idea, verdadero sol del espíritu.

En espaciosos altares y sobre lucientes aras erguíanse relieves simbólicos del nacimiento de Minerva; estatuas paréadas reproducían las dos grandes ciudades, Atenas y Roma, bajo la égida de esta divinidad del saber; pinturas movibles y decoraciones teatrales evocaban el Partenón; figurinas de marfil y de barro presentaban todos los atributos de la hija predilecta del dios Júpiter y todas las diversas actitudes ya consagradas por el viejo culto y el viejo tiempo; disputaban en un lado Minerva y Neptuno, creando éste los caballos ligeros como el céfiro y aquélla los olivos que significan la paz y la luz; y una inmensa procesión de vírgenes, vestidas con trajes litúrgicos y portadoras de luces y de coronas, acompañaban la estatua envuelta en velo negro, bordado con estrellas de oro, mientras la precedían heraldos que iban entonando las alabanzas religiosas y la seguían innumerables legionarios á caballo y carros de guerra, sobre los cuales se levantaban el peto, casco y lanza de la divinidad como un erguido y deslumbrante trofeo. Detenida en su marcha por esta intersección de los grupos la emperatriz y por el encuentro de su procesión personal con la procesión de aquella tan reverenciada diosa, llegó tarde, muy tarde, á la hora del anochecer, al palacio de su hijo, todo lleno para recibirla del

aroma de innumerables flores, del concierto de suaves melodías.

— Baja — le dijo Nerón al entrar su madre, — baja de tu litera y ven al seno del hijo amado y del hogar imperial, donde penetras como una madre querida en el cubículo de su familia y como una diosa venerada en el santuario de su divinidad. Las trípodes hermosas de oro arden; las flautas, que parecen regalos del dios Pan, tocan; las bailarinas gaditanas trenzan sus danzas; los sacerdotes ofrecen á los dioses la mirra y el incienso y el hidromel; pelean los atletas; corren por el pavimento las aguas de olor; suben á las alturas esencias aromáticas; un regocijo sin fin lo llena todo porque Nerón te ha reintegrado en tu poder y vuelve á llamarse tu siervo.

— Ya veo que, si bien por todas partes hay espectáculos propios de tu magnificencia y demostrativos del amor que guardas á tu madre amantísima, en la sala del festín y en la mesa del convite nos hallamos los dos solos, demostrando así que solos también, cual en tiempos más felices, vamos á reinar sobre nuestro colosal imperio.

— Toma tú el sitio de honor, Agripina; tócame tenderme á tus pies, amada madre mía.

— Como quieras.

— Ya ves cuánto te amo. Ya ves cómo deseo devolverte al mando y al poder que han querido disputarte mil rivales y mil rivalidades, ignorantes de cómo yo te amo y de cuán resuelto estoy á obedecerte y á seguirte sin reserva ninguna en todo cuanto mandes y ordenes. Perdona, olvida, madre mía, en la seguridad completa de que los antiguos extravíos únicamente servirán en mi recuerdo y en mi remordimiento para unirme contigo de un modo indisoluble y á tu suerte ligarme por toda una eternidad.



Legionario llevando una enseña

— Permítame dirigirme á los dioses y darles gracias porque al cabo arrancaron la venda que cubría tus ojos, y te dijeron como no hay en el mundo nada comparable al amor de tu madre.

— Ya lo creo; y por eso quiero consultarte sobre los negocios del imperio y pedirte parecer, en la seguridad completa de que cada consejo tuyo habrá de ser para mí un imperioso mandato.

— Habla, Nerón. Estoy dispuesta siempre á escucharte.

— ¿Qué te parece del Senado? ¿Hay que aumentar su autoridad y su poder?

— Al Senado, ni darle, ni quitarle.

— Los patricios que piensan en la República, ¿deben ser tratados empleando aquella circunspección que guardaran respecto de ellos Augusto y Livia, ó aquella dureza de Tiberio?

— Con circunspección, hijo mío, con mucha circunspección.

— Se notan en Judea síntomas de sublevaciones.

— Usa con los sumisos muchos miramientos y carga la mano sobre los rebeldes.

— En Grecia suspiran muchos por las antiguas ligas aqueas; yo me propongo ir y ofrecerles en celebridad de mi visita las viejas instituciones y la federación.

— Pero más en el nombre que de hecho: un imperio no puede generar repúblicas sin grave miedo de que tal generación lo devore y lo destruya.

— Pienso, madre, si esto te place, pues sin tu pláceme nada yo haría, dilatar el derecho de ciudad hasta los últimos límites del imperio y reconocer en cada hombre las pristinas libertades que les han dado los dioses y que les usurpan los tiranos.

— Razón tienes para expresarte desde un trono como si estuvieras en la tribuna. El imperio, digan cuanto quieran sus enemigos, es una institución de libertad. Haz de Roma el mundo y haz del mundo Roma, para que la tierra y su espíritu se compenetren y se confundan como están confundidos y compenetrados el alma y el cuerpo en nosotros.

— Voy á contarte ahora un secreto de Estado.

— Cuenta.

— No quiero que ignores cosa ninguna entre las ocurridas en los días de los despegos, para que puedas dirigir á tu hijo y al

mundo como te plazca, en los días felices de nuestra reconciliación.

— Habla, pues.

— Ya conoces á Thraseas.

— ¡Vaya si lo conozco!

— Era el único capaz de resucitar la República, porque su virtud no es mera poesía como la virtud de Luciano, ni fraseología y farándula como la virtud de Séneca, sino verdadera y efectiva virtud.

— Así lo creo.

— Pues bien: podremos desembarazarnos de tal hombre que con su ejemplo subleva los ánimos y los concita contra nosotros, porque me consta urde una conspiración; y cuando pueda cogerle con las manos en la masa, yo te prometo que no se reirá de nosotros. Ya te dije cuanto me urgía decirte. Ahora cree, Agripina, en el amor de Nerón y recobra el poder que te devuelvo, tanto más fuerte y duradero, cuanto que una larga experiencia me ha mostrado la completa imposibilidad de nuestra separación, y me mueve á reconciliarme contigo para siempre, volviendo á ser tú lo que eras, diosa de la tierra, y lo que yo también era, rendido siervo tuyo.

Mientras Nerón decía estas cosas y Agripina las escuchaba fuera de sí, creyendo en su completa felicidad, Aniceto apercibía y preparaba el patíbulo flotante donde había de dar la infame su vida. Era ya media noche. Brillaban las estrellas con esplendor no usado. Trascendía el aire á penetrantes aromas. La Vía Láctea en lo infinito del espacio arriba y la fosforescencia de las aguas abajo constituían dos cielos, entre los cuales diríase que solamente podían pasar sucesos bienaventurados. A las estrellas del cielo, á las estelas del mar, á los fosforeos de las gotas que destilaban los remos, al chispear de solfataras y volcanes uníase la iluminación de terrazas y azoteas, las cuales á un tiempo mismo brillaban con intensos resplandores y cantaban por la voz de sus orquestas y de sus coros. Para que nada faltase discurrían sobre la superficie del mar naves, en que se presentaban ofrendas á Diana sobre altares iluminados por suavísimos centelleos; lanchas ornadas con guirnaldas de luces junto á otras obscurísimas, de cuyo centro se

despedían himnos de tan armoniosos ecos, que parecía todo aquello un mundo propio para el olvido de las penas humanas y una continua y viva delicia. Agripina se detuvo hechizada delante del espectáculo que ofrecía Bayas, en aquella noche, muy superior al que ofreciera durante la mañana y la tarde, con ser una y otra tan encantadoras. Parecían luces, aromas, armonías una congruencia de la felicidad interior suya con la felicidad y la ventura del todo. Nerón redobló sus caricias y Agripina sus esperanzas. La emperatriz abrazó al emperador con una efusión que rayaba en demencia; el emperador besó á la emperatriz en los labios, en las mejillas, en los ojos, en el pecho, como cuando era niño, con igual abandono, con igual intensidad, con iguales efusiones, y hasta parecía que con igual obediencia; como si creyese no salía para la muerte aún bastante ciega y engañada su madre.

Al entrar Agripina en su galera libúnica y despedirse del emperador parecía renovarse la escena histórica del arribo de Cleopatra en tiempo de Antonio al seno del Asia Menor y á las riberas del río Cidno. La galera de Agripina, semejante á la galera de Cleopatra, cuando subía en busca de Antonio, era un palacio flotante, digno de los Faraones y de los Ptolomeos. Bajo cierto aspecto parecía un santuario, según los dioses allí juntados y erguidos; bajo otros aspectos un museo y un teatro, según las obras de arte que la ornaban y los regocijos que allí había. Un solio áureo se levantaba sobre la cabeza de Agripina; cojines de púrpura se tendían bajo sus pies; el traje de Venus con todos los requisitos y todos los atributos propios de la incomparable Afrodites envolvía su cuerpo; velámenes de seda tomaban en sus pliegues el viento; remos de plata empujaban aquella fábrica; orquestas, en que iban concertados todos los instrumentos conocidos, levantaban armoniosas sinfonías; grupos de niños con arcos y flechas recordaban los amores; coros de muchachas, las nereidas y las náyades; todo ello circuido por azuladas nubes de aromas, quemados sobre pebeteros de pedería, las cuales nubes daban á la nave un aire de misterio que suspendía los ánimos y al ambiente un olor de mirra é incienso que trastornaba los sentidos. Lo más análogo con la galera de Cleopatra en la mañana de Cidno, esta galera de Agripina en la noche de Bayas. Tendida sobre su lecho, bajo su dosel, ante su

divinidad, tenía su liberto Galo á un lado y á otro lado Aceronia, su criada. Se habían alejado un poco de la costa para ver de lejos la bahía y gozar del aire nocturno embalsamadísimo, cuando de pronto el solio se les viene al grupo capital encima con grandísimo estruendo y no menos pesadumbre. Galo quedó muerto en el acto so tal maderaje; mas las dos mujeres quedaron preservadas del golpe rudo é indemnes por una de las muchas casualidades á que debemos llamar en este mundo milagro. Visto el caso, Aniceto dió la correspondiente orden de abrir en dos el barco. Pero no corresponde á la industria el resultado, y la nave no se divide. Ante tal contrariedad, Aniceto cree necesario sumergir la embarcación, dando contradictorias órdenes, que hacen chocar unos marinos con otros y esparcen la confusión entre todos á una en espantoso barullo. La pobre Aceronia, inspirándose, como suele pasar en semejantes conflictos, del deseo de su conservación, dice á voces que es Agripina, para ver si la salvan ó acorren, pero caen sobre su cuerpo en la obscuridad á este reclamo los tripulantes y la matan á palos. Agripina comprende ya el enigma y se lanza sin miedo al mar.